

Tiempos de concertación nacional

JAIME JESÚS FLORES CERDAS *

SIN NECESIDAD y sin el espacio para entrar en mayores detalles del cómo y por qué, Costa Rica ha llegado —sea como sea— al lugar de privilegio económico, político, social y cultural que ostenta hoy en el mundo; pero muy conscientes del papel que ha jugado para ello nuestra idiosincrasia, en este caso con el principio tan abigarrado entre nosotros de alcanzar las cosas por medio de la concertación y dejando de lado en la medida de lo posible la práctica de la violencia, es que en el apremiante momento histórico de la coyuntura actual, en que objetivamente queramos o no queramos se resolverá un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, debemos hacer acopio de todo lo más sano y glorioso del ser costarricense, y abrir muy bien los ojos en forma muy consciente y responsable, no pensando solo en los beneficios particulares que va a obtener egoístamente cada uno, sino en este maravilloso y pacífico pedacito de tierra que Dios nos dio.

Unimos —medianos y pobres y en la medida de lo posible algunos ricos, tal vez por primera vez— en una sola voz, que defienda por un lado nuestra ya mancillada soberanía y por otro las posiciones económicas que de verdad le convienen a Costa Rica como nación.

De lo contrario, si actuamos cada grupo por su lado sin importarnos la suerte del otro, solo se con-

seguirá que algunos ricos se vuelvan mucho más ricos y todos los pobres mucho más pobres. Esta situación inexorablemente lleva a los pueblos y países a la violencia y a la destrucción de sus sociedades.

Costa Rica debe definir como nación acostumbrada al uso del mecanismo de la concertación, en forma urgente y decidida: ¿qué somos, qué queremos ser, qué podemos y cómo podemos hacerlo? Y todo ello ahora, en forma muy apremiante.

Es un hecho comprobado que el entreguismo no ha sido jamás una solución, ya que solo beneficia por un tiempo a una élite que se apodera de todo, hasta que ese todo le es violentamente arrebatado por sus legítimos dueños.

Debemos con la misma valentía que en su tiempo caracterizó a nuestros abuelos, exponer y sostener nuestra concertada posición frente al TLC con los Estados Unidos. Sin miedo alguno a ningún tipo de represalias, pues nuestra arma más poderosa de defensa lo sigue siendo nuestra historia, nuestro prestigio internacional, pero y sobre todo, nuestra estabilidad político-social, todavía bastante controlable en el istmo; condiciones que de ninguna manera y mucho menos ante el desprestigio por la fallida y enlodada guerra contra Irak, ya convertida al igual que en Vietnam en una guerra de guerrillas in-

terminable a los Estados Unidos le podría convenir intentar variar, causándoles desestabilización a sus casi incondicionales amigos más cercanos; y mucho menos induciendo a que también esta geoestratégica zona comience a arder, pues ello acarrearía aunque fuera de manera muy paulatina, con un TLC que solo los beneficie a ellos, en menoscabo de lo que hemos conseguido en Centroamérica.

Defendamos en forma concertada lo que con tanto sudor nos ha costado tanto y más bien unidos bajo una sola bandera solidaria, tratemos de sacarle del TLC el mejor jugo posible que se pueda, —pero eso sí, para todos— convencidos de que lo que le conviene al pueblo, éste lo defenderá de ser necesario hasta con sus dientes.

Busquemos el apoyo de otros países que como los suramericanos le están dando lucha comercial a EE.UU.—de cara a la firma del ALCA. Formemos una sola potente fuerza que enderece de mejor forma la balanza de la diosa Iustitia en materia económica frente a EE.UU. Ello no es de ninguna manera ni una falta de respeto ni un pecado mortal, como si lo sería permitir que nuestros hijos tengan que vivir todavía aún más pobres que nunca jamás. □

* Abogado y educador